1973 (?) Triunfo Núm. 521. Año XXVII. 23.09.1972

3.68

ARTE • LETRAS • ESPECTACULOS

LIBROS

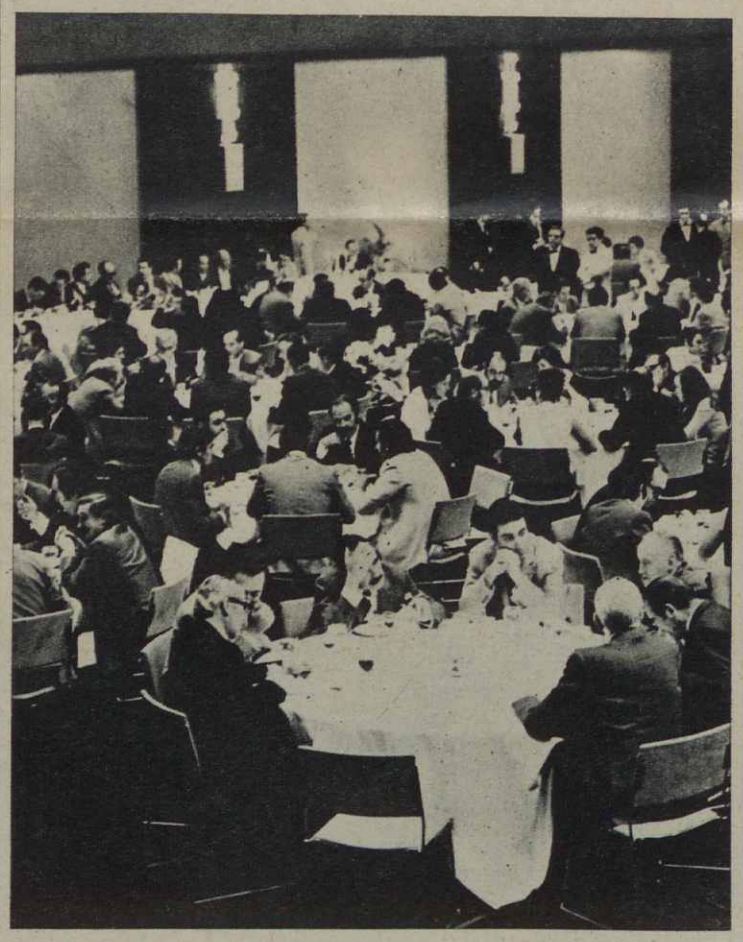
Perspectiva española de doce hombres con prudencia

En la presentación, en Barcelona, del libro **España: perspectiva 1972**, Ignacio Camuñas dijo que el libro había sido escrito por doce moderados. Uno de los doce autores, Jordi Solé Tura, dijo en su turno que el de moderado, nada. Hay que admitir que el calificativo era demasiado determinante en la circunstancia nacional en que fue pronunciado. Acababa de aparecer en el mercado político el **centrismo**, y una de las connotaciones del centrismo era la «moderación». Por otra parte, a lo largo del libro que nos ocupa, y en especial en los estudios de Jiménez Blanco y Solé Tura, hay un serio, profundo ajuste de cuentas a la ideología «moderada», entendida tal como se entiende en España. Aquí ser «moderado» y «centrista» se ha convertido en el único extremo legal posible antes de caer en el vacío de la clandestinidad.

Vayamos por partes. Doce excelentes profesionales de la cultura (un obispo también es en cierto sentido un profesional de la cultura) se revelan como maestros en el arte de combinar la honestidad intelectual con el instinto de supervivencia. Y a pesar de las servidumbres que se derivan de esta combinación, que tan bien comprendemos los profesionales del publicismo, me atrevería a afirmar que el libro que me ocupa es un documento de primera categoría para fijar y analizar el momento presente de la vida española. Ante todo está a un nivel cultural óptimo (excelentes raíces bibliográficas) y tiene ese aderezo imprescindible en todo guiso a base de productos congelados de la eficacísima Red del Frío Nacional. Hay una cierta guasa como desahogo intelectual omnipresente en todos los estudios. O la hay o la pone el lector, porque entre el nivel a veces científico de lo que lee y la comedia de enredo y equívoco de lo que se ve, hay tanto desfase, que la guasa se hace inevitable.

Ignacio Camuñas nos introduce en el libro con un artículo optimista basado en los signos de los tiempos. Camuñas sostiene la tesis de que los Estados Unidos se han dado cuenta, al fin, de que los tiempos están cambiando, y esta concienciación puede ayudar a que los tiempos cambien mucho más. No es función de un crítico discrepar de las tesis del criticado, sino suministrar al lector noticia de las mismas y elementos para que las apruebe o las rechace. Camuñas pasa a continuación a territorio nacional. Denuncia que la táctica del «stop and go» se ha reducido a un simple «stop» en la evolución política española, pide que España se meta en el concierto de las naciones democráticas y finalmente hace profesión de moderantismo como una salida posible al «impasse» hispánico, al «stop» perpetuo. Camuñas lanza hipótesis para 1972: que en España se mantenga el «statu quo» (congelación, estancamiento, etcétera, etcétera), que se forme un nuevo gobierno proeuropeo, que haya una sucesión sin traumas. Juego con la ventaja de analizar el libro a tres meses vista del fin de año. Ventaja que comparto con el lector.

Dionisio Ridruejo escribe a continuación sobre la política española en 1972. Dice que 1971 ha sido el año de cierre para el llamado proceso institucional (ahora sabemos que la puerta quedó algo entreabierta, porque en julio se «institucionalizó» al vicepresidente del Gobierno). Testimonia después sobre el endurecimiento político en 1971, sobre el cambio de fisonomía del Régimen para adecuarse con la Europa neocapitalista, y va pasando revista al tema de la democracia orgánica, la cuestión sucesoria, la oposición. Ridruejo pide que la oposición se coordine «... en una disciplina y un proyecto serios que les hiciese aparecer más bien como alternativa y como sistema de cuadros para el reclutamiento de la base de una situación futura que como guerrilla hostigadora, que, si a veces gasta, con frecuencia galvaniza lo que ataca». Ridruejo concluye diciendo que las perspectivas no son prometedoras en lo que se refiere a la evolución política del sistema, pero sí en el espíritu dominante en la mayor parte de fuerzas políticas, incluso de alguna metida dentro del sistema. Por ejemplo, dice: «Incluso el Opus Dei y el partido comunista participan hoy de esa moderación en cuanto no creen en la posibilidad de alterar la ley de marcha homogénea de los conjuntos políticos —o espacios— definidos en la tensión mundial». En resumen, del «equilibrio del terror» al «equilibrio moderado».



Una cena política de la temporada 1971-72.

Mariano Aguilar Navarro analiza a continuación la situación española en el contexto de lo que llama «crisis de la sociedad internacional». Parte de la idea inicial de interrelación de las situaciones de las naciones, de su participación en climas de tiempo y zona. Se refiere después a la guerra civil y sus consecuencias como factores que peculiarizaron la lógica de una evolución española en relación con la lógica de la evolución internacional. «El cambio— dice el profesor Aguilar Navarro— es inevitable, y lo que se está haciendo es convertirlo en angustioso, problemático, difícil». Dice que la relativa cercanía entre las formas político-económico-sociales de España y Latinoamérica y el Tercer Mundo puede determinar que en un futuro los cambios operados en estas realidades repercutan en la española. Reivindica el papel de las masas en política y pasa revista a distintos problemas de las relaciones exteriores de España, al papel de las fuerzas armadas que ya no puede concebirse en función «... de la guerra ni de la defensa a ultranza del inmovilismo», la situación de España en relación con la crisis del cristianismo y del socialismo... En resumen, Aguilar Navarro da por su cuenta y riesgo una perspectiva total de España y el mundo en 1972, con pasión por el cambio y confianza en el futuro.

José Jané Solá suministra seguidamente un análisis diagnóstico de la economía española. Ya empieza diciendo que «... hay que dirigir los pasos político-económicos hacia nuevos caminos». Todo el artículo del profesor barcelonés se aplica a la demostración de las rigideces estructurales de la economía española, al desfase entre lo que idealmente se persigue y los instrumentos políticos y económicos que hay para conseguirlo. Critica algunas percepciones utilizadas por los «tecnócratas» para promulgar sus Planes de Desarrollo, y en una advertencia final demuestra un moderantismo ejemplar: «No pretendo estar, ni mucho menos, en posesión de la verdad» y, además, «el planteamiento por mí apuntado no es el único posible. Porque, en definitiva, hay más de un camino». ¿Qué camino es el de Jané Solá?: eliminación de los residuos autárquicos; potenciación de la política de defensa de la competencia; organización eficaz de la Seguridad Social y la educación; política agraria basada en inversiones prioritarias en viviendas; equipamiento social y servicios colectivos; política laboral que traiga la flexibilización de las plantillas; articulación de mecanismos de defensa que hagan falta, y realismo en las jubilaciones.

Del detallismo neocapitalista de Jané Solá pasamos a una meditación urgente sobre la Iglesia en España. Meditación a cargo de monseñor Palenzuela, obispo de Segovia. Monseñor insiste en los análisis del clero aperturista español, dominantes en la Asamblea Conjunta de obispos y sacerdotes de 1971. Salvando el trascendentalismo irrevocable de toda religión, monseñor aboga por una racionalización de la inmanente relación entre la Iglesia española y las verdades políticas establecidas. A la crisis de la Iglesia en todo el mundo, en España se uniría la dificultad derivada de la identificación entre «pueblo de Dios» y «pueblo del César».

José Jiménez Blanco se enfrenta después al tema del desarrollo económico y la democracia política. Un artículo interesante, en el que se retrata la tecnocracia y se intenta encontrarle una ideología, la ideología de que las ideologías están en pleno crepúsculo. Jiménez Blanco dice: «... los tecnócratas cumplen una función

de importancia estratégica en la disolución de los regímenes totalitarios y autoritarios, a saber "enfrían", por así decirlo, las ideologías oficiales». Pero, una vez desencadenado ese proceso «... no hay quien lo pare». Los tecnócratas configuran una nueva clase política «moderada» que carece de organizaciones de masas, «... de ahí su fatal acabamiento en las redes de regímenes autoritarios y de ahí también la tendencia a considerarlos como miembros de poderosas organizaciones secretas —masonería, mafias de cualquier color o blancas—». Los tecnócratas tienen miedo al cambio, sienten el «"shock" del futuro», pero Jiménez Blanco hace todo lo posible por tranquilizarles. Marx dijo que «el capitalismo es un inmenso arsenal de mercancías», y Jiménez Blanco añade que en ese arsenal cabe incluso el «Cambio», con mayúscula. «Lo nuevo es precisamente que el cambio se ha convertido en mercancía». Jiménez Blanco nos habla de las fuentes teóricas de los tecnócratas Manheim, Rostow, Lipset. Dice que el análisis de Rostow de que el desarrollo económico permite el político se ha basado en el examen de la Historia anglosajona, y que los tecnócratas españoles lo han incorporado a su análisis del presente y el futuro español. «La cultura de cada nación tiene que encontrar su propia vía hacia la democracia política».

Después de que Jiménez Blanco haya agitado el árbol de la tecnocracia, Solé Tura precisa la tipología de los frutos y, como hay muchos, hace distintos tipos de mermelada. Tras una introducción profesoral sobre burocracia, tecnocracia y la posibilidad de que exista una clase social tecnocrática (posibilidad que niega), Solé Tura intenta demostrar que hay prácticamente unidad de intereses y posiciones entre los tecnócratas españoles en el poder y los «centristas» y «moderados». Pasa revista a los escritos de López Rodó, Areilza, Calvo Serer, Fraga Iribarne y demuestra que coinciden en una ideología fundamental ligada a la supervivencia del capitalismo y el orden burgués. Incluso coinciden en la necesidad de un Estado fuerte, eficaz y estable y en la sucesión «no traumática» de la Monarquía. Lo que se debate son «... unos criterios diferentes en cuanto a la forma de resolver la crisis de representatividad política de las clases dominantes (partidos políticos, alianzas de clase, control de las clases dominadas, etcétera)».

Haro Tecglen se refiere después a un punto ya esbozado por Aguilar Navarro: la estrategia diplomática de López Bravo en las relaciones con Latinoamérica. Además de retórica maternalista, ¿puede aportar realmente algo España a Latinoamérica? Haro realiza un completísimo análisis del «status» del imperialismo en América latina a partir de la tesis de que el desarrollo de las grandes potencias capitalistas se fundamenta en el subdesarrollo de las colonias económicas.

Analiza las distintas vías que están variando sustancialmente las relaciones imperialistas en América latina, todas ellas basadas en una exaltación nacionalista que en su tiempo fue parafascista (Perón o Getulio Vargas), y que hoy va desde el «nasserismo» de los generales peruanos hasta el intento socialdemocrático de Chile o la experiencia comunista de Castro. En esta situación España puede aportar algo, porque no está en condiciones de satelitizar a nadie. «Está claro que, en el futuro, España tiene la posibilidad de intervenir en empresas mixtas multinacionales que han de crearse, pero siempre con un concepto nuevo; es decir, con una idea de que la empresa implantada irá en beneficio de la zona, sin metrópoli a la que abastecer y nutrir».

Antonio L. Marzal se enfrenta al tema de la participación del trabajo en la sociedad española del desarrollo. Explica las distintas concepciones históricas de «participación obrera», desde las derivadas de la doctrina social de la Iglesia a las del neocapitalismo, pasando por el fascismo. Critica las insuficiencias o fracasos objetivos de estas



fórmulas y pasa después al caso español, inspirado en el modelo fascista de entreguerras. En la situación actual, el verticalismo sindical condiciona la aparición de un sindicalismo de clase subterránea y politiza cualquier intento de participación real. Se advierte un intento de pasar de un concepto fascista de participación a un concepto neocapitalista, pero sin los instrumentos necesarios derivados de un reajuste político e institucional.

José Juan Toharia habla de la nueva contestación, de la protesta obrera, estudiantil y de la protesta profesional. Los profesionales han comenzado a protestar desde la seguridad de una realidad económica en crecimiento, pero ya ahora, y mucho más en un futuro, protestaran desde la angustia «demográfica». Ese crecimiento ha producido una explosión cuantitativa de profesionales que la vida económica del país no está en condiciones de absorber, y las fórmulas políticas en vigor no ayudan precisamente a encontrar soluciones integradoras. La mitificación del orden público ha conducido al hecho de que todo atente contra ese orden público. «El sistema —aduce sorprendentemente Toharia— es víctima del orden público». Añade: «A la larga nada resulta más nocivo para el orden público que un régimen que base su legitimación exclusivamente en mantenerlo».

Luis Carandell viene a continuación de todo este despliegue profesoral. Se limita a recordar que un «slogan» comercial de éxito en España en 1972 fue el de «El año de la gran limpieza». Recuerda que Televisión Española, espejo del país, tiene unos encargados de programación a los que hay que «... apuntarles el indiscutible mérito que representa preparar tres espacios informativos y un montón de programas todos los días sin decir absolutamente nada de lo que ocurre en el país». También nos recuerda que en un tiempo no muy lejano Massiel le dijo, por teléfono, a Fraga Iribarne: «Señor ministro, esto es la repera». En su afán memorizador nos informa de que España no ha rendido ningún homenaje público a Picasso, pero sí a Blas Piñar. Y finalmente concluye el libro con la única conclusión posible para un libro titulado **España: perspectiva 1972**: «¿Consecuencias? ¿Perspectivas? La solución, como suele decirse, en el próximo número».

Mucho nos tememos que Ignacio Camuñas, «factótum» de Editorial Guadiana, podrá publicar el próximo **España: perspectiva 1973** con el mismo epílogo de Carandell. ■ **M. VAZQUEZ MONTALBAN.**

«De las Armas a Montemolín» o las dificultades de una novela

Gabriel G. Badell Lapetra, treinta y seis años, licenciado en Derecho y funcionario, publicó «Las manos de mi padre», su primera novela, en 1968. Está pendiente ahora de la aparición de «A cielo abierto» y preparando una cuarta obra, «Las cartas boca arriba».

Pero las dificultades habrían de surgir con su segunda obra: «De las Armas a Montemolín». Finalista en el Premio Nadal 1971, editada en octubre del mismo año y secuestrada el día 18 de diciembre. Al secuestro había de seguir un auto de procesamiento, resuelto favorablemente hace poco tiempo, y que contenía acusaciones tan importantes como las que a continuación transcribo:

«... y en cuyo texto el autor, consciente y deliberadamente, desprestigia y ofende no sólo a los sentimientos más elementales de la decencia y recato con escenas de aberración sexual y actos libidinosos, sino a la propia religión católica en lugares y Santos determinados y concretos; a la propia ciudad de Zaragoza en su totalidad y, finalmente, a la autoridad judicial».

G. BADELL.—No recuerdo con exactitud las fechas. Se produjeron al principio una serie de rumores, por los que se daba a entender que el libro iba a ser secuestrado. Sin embargo, a nivel oficial no había nada, y es curioso que pareciera cómo el secuestro gubernativo se basaba precisamente en esta serie de rumores. Después llegó el auto de procesamiento, y aquello me sumió en una conciencia de culpabilidad terrible. Las acusaciones eran tantas y en tal cantidad que no sabía verdaderamente de dónde podían venir los tiros. Todo podía ser grave. Tampoco sabía de quién había partido la acusación, tenía tan poco fundamento jurídico que no era fácil atribuirla a un Ministerio fiscal. No puede decirse, por otra parte, que todo haya terminado, por-



García Badell.

que me han dicho que puede haber un segundo proceso. Al parecer, alguien encuentra que combinando los primeros y segundos apellidos de los personajes de la novela salen a la luz personas conocidas de Zaragoza. Yo utilicé unos apellidos que me parecieron propios de aquí, apellidos aragoneses, pero nunca pensé en referirme a alguien en concreto.